

## *PREFACIO A LA SEGUNDA EDICIÓN*

La lectura es como un bombón,  
por muy llena que una esté, siempre entra.

MARÍA GIMÉNEZ SEGURA

Mi nombre es Francisco. Nadie, hasta ahora, me ha llamado así. Nunca. Resulta extraño, ¿verdad? Curioso, como mínimo. A los Franciscos, ya desde pequeños, es costumbre llamarlos Paco, Paquito, Fran, Fransi, Sisco, Kiko, Queco o incluso Curro o Frasco o Pancho o Patxi; en contadas ocasiones Francisco, a no ser que seas un santo (de Asís o de Paula, por ejemplo) o un papa que, curiosamente, en realidad no se llama así. En casa desde el primer día me llamaron Paquito, ya que Paco es como llaman todos a mi padre, cuyo nombre, en teoría, también es Francisco. En la escuela, tanto los maestros como los compañeros de clase me llamaban por el apellido, como era costumbre por entonces. Ya en el instituto y posteriormente, la gente me ha llamado poco, pero cuando lo han hecho ha sido usando indistintamente: Paco, Paquito, Fran, Francesc, Cesc, Sisco o incluso Franky. Nunca Francisco. Hay aún más opciones que no me atrevo a mencionar aquí por inverosímiles y por miedo a ser tachado de exagerado. Por mi parte, debido a mi personalidad pusilánime, indecisa, nunca he sabido por cuál de las opciones de ese amplio abanico decantarme. En aquellos ya lejanos años de formación de la identidad, mis amigos se llamaban Carlos, Sergio, Víctor, Luis, Héctor, David, Jaume, Eduard o Enric, y todo el mundo les llamaba Carlos, Sergio, Víctor, Luis, Héctor, David, Jaume, Eduard y Enric. O eso me parecía a mí. A lo sumo, a Luis le podía llamar alguien Luisito y a Eduard, Edu, pero poco más. Se podría aducir que Francisco resulta un poco largo, y

de ahí la búsqueda infinita de variables. Pues tampoco es un buen argumento: mi hermano, solamente un año menor que yo, se llama José Antonio (José por abuelo paterno y Antonio por abuelo materno) y todo el mundo le ha llamado siempre José Antonio. Como mucho algunos le llaman Jose, así, con acento en la «o». José Antonio a los dieciséis años ya tenía pareja (Mónica, a la que todo el mundo llama siempre Mónica), a los veintitrés acabaría la carrera de Historia y desde entonces trabaja como profesor. Mientras tanto yo, sin un nombre concreto, no he tenido nunca claro qué camino seguir, en qué proyectos embarcarme, qué relaciones fortalecer, qué profesiones elegir, en qué ocupaciones centrarme.

La cuestión es que mi nombre oficial, el que consta en letras mayúsculas en mi DNI: FRANCISCO, no lo ha utilizado nunca nadie. Ni siquiera yo mismo. Todavía hoy, cuando en un portal ajeno al mío aprieto un interfono y una voz pregunta «¿quién?», me quedo en blanco unos instantes y no sé qué contestar, no sé cómo identificarme. Cuando alguien me pregunta mi nombre, en cualquier situación, me asaltan unos segundos de surrealista duda que hacen que casi siempre inicie con mal pie cualquier relación. De hecho, nunca he tenido claro si la mayor parte del tiempo soy tímido e introvertido porque no sé cómo presentarme, o si no se me dan bien las presentaciones porque estoy diseñado genéticamente para ser tímido e introvertido. A veces pienso que si me hubieran puesto otro nombre sin tantos hipocorísticos, apócope y diminutivos, no solo mi carácter sino mi vida entera habría sido muy diferente, para bien o para mal. Un nombre con personalidad, contundente, claro, con pocas alternativas. Arturo, por ejemplo, o Rubén o Darío o Julio o César.

Sé que es algo que a nadie le importa, pero a los Franciscos no se les llama Francisco. Si tuviera que demostrarlo en un juicio dispondría de evidencias por un tubo. El número de pruebas es abrumador. Como muestra, antecediendo a este prefacio he expuesto una serie de citas que me he encontrado por casualidad entre mis lecturas de los últimos meses y que incluso yo mismo habría pasado por alto si no me hubiera parado a reflexionar sobre ello preparando el presente texto, en que se me conminó a presentarme, al estilo de David

Copperfield o Holden Caulfield. Incluso rebuscando por Internet he encontrado un bello poema de un tal Ricko que habla de ello. Pacón, Franny, Niño, Quico, Paquitín, Frascuelo, ¡Cagón!... lo que sea, cualquier excusa es buena, con tal de no llamarles a los susodichos por su nombre.

A los Franciscos no se les llama Francisco, y punto. Parece una ley universal, una norma no escrita, un onceavo mandamiento que quedó sin espacio en la Tabla. Se objetará que es algo anecdótico e irrelevante, pero para el que lo sufre se puede convertir en algo más que una broma del destino. Algo que suele devenir en todo un misterio insoslayable, un sufrimiento íntimo y secreto, un martirio cotidiano, una dolencia del espíritu cuyo origen suele, a menudo, desconocerse. Es un verdadero fenómeno sobre el que nadie se pregunta, una anormalidad que a nadie le extraña, un hecho irrefutable que pasa desapercibido, que se considera natural. ¿Por qué?

Viendo en casa una película francesa de 2012 se me ocurrió una posible explicación. Se titula *Le prénom (El nombre)* y es una comedia dramática en la que unos amigos en la cuarentena se reúnen para cenar. Uno de ellos anuncia con alegría que, en pocos meses, va a ser padre por primera vez y cuando se le pregunta cuál será el nombre de la criatura, contesta: Adolfo. A partir de ese momento asistimos a unas discusiones atroces a causa de las connotaciones inherentes a ese nombre coincidente con el de un dictador de infausto recuerdo. Aquello me hizo indagar y comprobé que tanto en Alemania como en Italia no se suele poner a los recién nacidos los nombres Adolfo ni Benito. En España, en cambio, Francisco, el nombre del dictador que estuvo al frente del Estado durante cuarenta años, ha sido muy común. En definitiva, que hay Franciscos por todas partes, pero prácticamente a ninguno le llaman así. ¿Por qué? ¿Será por una especie de vergüenza comunitaria?, ¿por un enorme y colectivo complejo de culpabilidad social? Como dice la copla: «En los carteles han puesto un nombre que no lo quiero mirar: Francisco alegre y olé, Francisco alegre y olá». Ya ven, ni siquiera escrito se quiere mirar. El caso es que, en la práctica, los Franciscos nacidos en España nos quedamos sin nombre. Sé lo que están pensando: «qué

exageración, yo conozco a un Francisco al que todos llaman Francisco»... exacto, es la excepción que confirma la regla.

Perdonen que insista, pero si, como se suele decir, «el nombre hace la cosa», ¿qué hace la ausencia de nombre? Dicho de otro modo, ¿cómo afecta al carácter y al devenir de una persona el hecho de tener un nombre confuso, huidizo, que varía según el interlocutor, el contexto, el momento, el azar o la dirección del viento? ¿Y si además algunas de sus variantes (Paco y Patxi) se usan en todos los chistes, chascarrillos y chanzas habidos y por haber? A la hora del cachondeo nuestro nombre siempre de protagonista. La soledad intrínseca a todo escritor sumada al aislamiento y abandono involuntario al que me he visto expuesto desde hace años, facilita que a menudo me ponga a hacer elucubraciones y disquisiciones conmigo mismo tan rocambolescas, intrincadas y posiblemente estúpidas como muestra lo que llevo de prefacio. Sumergiéndome de nuevo en las más prestigiosas obras de la literatura universal intentando encontrar inspiración y, de paso, algún argumento que apoye mis tesis y me convenza de no borrar lo escrito hasta aquí a propósito de todo este tinglado del nombre, encontré unas palabras de Julieta, el famoso personaje creado por Shakespeare, que consiguen justamente lo contrario, me quitan la razón:

¿Qué hay en un nombre? Lo que llamamos rosa exhalaría el mismo dulce perfume con cualquier otra denominación.

Puede ser. Seguramente, aunque mi nombre fuera, por ejemplo, Ernesto, y anduviera yo presumiendo tontamente de la importancia de llamarme Ernesto, seguiría exhalando el perfume agrio de la mediocridad, de la mezquindad, de la vulgaridad. Y quizá, rizando el rizo, lo haría incluso con orgullo, como un perfecto idiota. Pero en socorro de mi argumento inicial acude David Lodge, uno de los maestros del humor escrito en inglés:

Los nombres propios tienen un extraño e interesante estatus, nos son dados generalmente con alguna intención semántica: tienen para nuestros padres algún significado agradable o esperanzador, y nuestra vida podrá estar más o menos a la altura de las esperanzas contenidas en él.

De lo cual se puede colegir que, si el nombre infunde esperanza, la ausencia de nombre causa desesperanza. Además, pensándolo bien, el destino de Julieta (y de Romeo) estuvo tristemente marcado, precisamente, por cómo se llamaban. Cuando siendo un niño, en busca de comprensión y consuelo, pregunté a mi padre cómo se sentía él en su niñez con un nombre, Francisco, que nadie usaba, me dijo que los niños nacidos en la posguerra como él tenían cosas mucho más importantes de las que preocuparse que de su propio nombre, como el delicado y apremiante asunto de encontrar algo para llevarse a la boca y calmar el estómago, por ejemplo. Se trataba de niños y niñas, me dijo, que pertenecían a familias tan numerosas y tan humildes que no tenían casi ni equipaje para llenar la maleta cuando dejaron Andalucía para venir a Cataluña en busca de trabajo, en un tren larguísimo que parecía que no llegaba nunca. Entonces le planteé que quizá estábamos a tiempo de cambiarme el nombre a mí, tal y como acababan de hacer incluso con nuestra propia calle, que de llamarse Hermanos Abizanda había pasado a ser, de repente, calle del Garraf. Contestó que me dejara de tonterías, que cuando él era pequeño eran normales nombres largos como Eustaquio, Evaristo, Indalecio, Encarnación, Concepción o Ascensión, y que no debíamos avergonzarnos de nuestros propios nombres ni apellidos. Continuó (en principio cariñosamente, aunque yo notaba que se iba calentando al ver mi cara insatisfecha con sus explicaciones) diciéndome que tenía mucha suerte de ser un niño cuya mayor preocupación era elegir entre leer un Tintín o un Astérix o entre el Jabato y el Capitán Trueno. A riesgo de recibir una colleja, creí defenderme contestando que eso precisamente era un problema ya que mi hermano y yo ya habíamos releído cien veces los pocos ejemplares que poseíamos de los personajes que acababa de mencionar. Le dije, amargamente, que de Tintín solo teníamos *En el templo del sol* y *Tintín en el Tíbet*; de Astérix solamente *Astérix en Hispania* y *La gran travesía* y del Jabato y el Capitán Trueno unos pocos álbumes con las cubiertas rotas, al igual que muchas páginas, reconstruidas con cinta adhesiva que se volvía marrón con el tiempo y se descomponía; y además, añadí, de Mortadelo y Filemón solo teníamos *El mundial 78* y *El sulfato atómico*;

y aún me atreví a agregar que sabíamos que existían muchos números más ya que en las contraportadas aparecían listas larguísimas con el total de la colección, que nos dejaban con la miel en los labios imaginando mil aventuras a las que no teníamos acceso. Mi padre, a esas alturas ya realmente enfadado, con la nariz y las orejas rojas como un pimiento, viendo que la conversación se desviaba por cauces insospechados y decidido a zanjar el asunto, me dijo en un alto tono de voz (para que también lo oyera mi hermano que estaba en el sofá leyendo nuestro único ejemplar de *El corsario de hierro* [*La mano azul*] que a pesar de su nombre también estaba roto) que cuando yo trabajara podría comprarme todos los tebeos y todas las chucherías (añadió de paso) que quisiera, pero que ahora lo importante era pagar la hipoteca y poder vestir y comer, y que cuando fuera padre comería huevos, frase esta última que entonces no entendí demasiado bien. Abrió el mueble bar, le dio un trago a su botella de brandi Veterano como hacía cada tarde antes de volver al taller Renault donde trabajaba y abriendo la puerta aún tuvo tiempo de decirme que si me aburría me pasara ya a la literatura de verdad, que ya tenía disponibles varios volúmenes de los *Episodios Nacionales* que nos traía mensualmente sin falta el comercial de Círculo de Lectores. Cuando ya adulto, mi hermano tuvo que alquilar un local en su barrio porque no cabían entre su casa, la mía y la de mis padres todos los cómics, tebeos, novelas gráficas, revistas y libros que entre todos tenemos, recordé aquella conversación lejana en el tiempo que, si no fue literal, sin duda fue muy semejante.

El nuevo lector que se sumerja en esta obra se preguntará qué clase de historia es esta en la que el narrador, tan solo para explicar cuál es su nombre, ha necesitado más de diez páginas. La cuestión es que mi nombre ha seguido siendo Francisco durante más de cuarenta años, aunque nunca nadie me llamara así. Por eso, cuando hace tan solo unas semanas la señora Elisenda Llauradó, editora de este libro, empezó a dirigirse a mí utilizando este nombre, con todas sus letras, con una dicción perfecta, casi como haciendo pausa entre sílabas: Fran-cis-co, tuve la extraña sensación de que algo grande iba a ocurrir, de que mi vida iba a cambiar, de que mi existencia,

por fin, tendría algún sentido. Al fin y al cabo, en pocos días, se iba a publicar una novela escrita por mí. Si aquello era posible, definitivamente, lo era cualquier cosa. Inesperadamente, al fin, alguien me llamaba por mi nombre. De alguna manera sentí que se me reconocía por primera vez como interlocutor válido y, por si fuera poco, lo hacía alguien que tenía el poder, la potestad, de hacer que mi libro largamente meditado dejara de existir exclusivamente en una carpeta del escritorio de mi ordenador y pasara a ser de dominio público. Y vaya si pasó algo grande. No me cambió la vida a mí. Nos cambió la vida a todos.

Yo esperaba que al publicar un libro por vez primera mi mísera vida social experimentaría algún cambio. No sé, alguna nueva amistad, algún café entre escritores o, incluso, siendo optimista, un acto de firma de libros en el día de Sant Jordi. En cambio, lo que sucedió poco antes de la publicación de mi novela, cuando yo creía que se abriría ante mí un mundo nuevo lleno de posibilidades, fue todo lo contrario: el mundo entero se paralizó. La desolación se generalizó de manera brutal e inesperada a causa de la pandemia de COVID-19, derivada de la enfermedad causada por el virus SARS-CoV-2. Todo cambió, sí: a peor. No es necesario dar más detalles aquí, detalles tan recientes, situaciones distópicas que parecían irreales y serán difíciles de olvidar. Aun así, parece ser que, debido al gran parón general a partir del mes de marzo de 2020, paradójicamente, muchas personas encontraron el momento para redescubrir el placer de la lectura, con lo cual, a pesar del confinamiento y las restricciones, las ventas de libros aumentaron más que nunca, en parte gracias al comercio en línea. Inesperadamente, como ocurren a menudo las cosas dichas, la primera edición de esta obra se agotó en pocas semanas. Cuando se relajaron un poco las medidas restrictivas provocadas por el mencionado virus y se nos permitieron de nuevo ciertas interacciones, la señora Llauradó me citó en su oficina. Sin pelos en la lengua, y llamándome por mi nombre, me confesó su asombro ante el rápido éxito de una novela como la mía, sin precedentes en nuestra ciudad en los ya largos años que ella lleva al frente de la editorial. Dado el éxito de ventas y encontrándonos ante una nueva y mayor edición

(se triplica la tirada de ejemplares), la editora observó que creía conveniente añadir el presente prefacio a modo de presentación al percatarse de que, a pesar de la larga extensión de la novela, el protagonista y al mismo tiempo narrador había olvidado, increíblemente, enunciar su nombre. Yo me mostré de acuerdo rápida e indudablemente, por mi carácter timorato y por no llevar la contraria, pero si les soy honesto, salí de las acogedoras dependencias de la editorial sin tener ni puñetera idea de lo que era exactamente un «Prefacio» y qué era lo que lo diferenciaba de un «Prólogo», o de una «Introducción», o incluso de los habituales «Agradecimientos» o «Nota del Autor». Después de consultar en internet a través de mi teléfono móvil tal confusión, quedé todavía más perplejo, como pasa a menudo tras buscar información en las pantallas, y decidí tratar el asunto con mi querido tío Federico, bibliotecario de profesión (ya jubilado), historiador de formación, poeta por vocación y contumaz lector por diversión, que recientemente había publicado un libro recopilando sus poemas: *La verdad y otras mentiras*. Seguro que Federico me aclararía el batiburrillo y de paso le preguntaría por su opinión acerca de la conveniencia de utilizar adjetivos como *contumaz*. Federico, hermano pequeño de mi padre, es para mí un faro desde que tengo uso de razón. Siempre que he tenido un problema (y, créanme, han sido muchos) he acudido a escuchar los sabios consejos de tío Federico. Se da la circunstancia, además, de que Federico vive muy cerca del curioso y escondido edificio que alberga la citada editorial, que está situada en una calle secundaria, escasamente transitada, algo lúgubre, sombría, que pasa desapercibida a la mayoría de la población, en definitiva, muy en concordancia con el concepto de Literatura en la sociedad actual. O eso pensaba yo. Lo que siguió a continuación me hizo cambiar de opinión y me dio una lección difícil de olvidar.

Mi tío Federico no estaba en casa. Una señora de mediana edad, muy observadora, despierta y extrovertida (como iba yo a comprobar enseguida) que estaba realizando la limpieza del portal y que había visto cuál era el botón del interfono que yo acababa de apretar insistente y obcecadamente, me infor-

mó, sonrisa mediante, que mi tío acababa de salir del portal poco antes, pies mediante, saludándola amablemente como era habitual en él (utilizando sus propias palabras) y con destino desconocido. Desconocido para ella, claro. Y para mí. Entonces notó que no llevaba bien puesta la mascarilla y se la recolocó. Yo me quedé pensando, ensimismado, con los ojos entornados y la mirada fija en el horizonte, donde se recortaba en el cielo, no muy lejos de allí, el perfil trasero de nuestra idolatrada Seu Vella, «el castillo» de Lleida recientemente elegido por un programa de televisión como el monumento favorito de los catalanes, y cuya silueta los ilerdenses siempre buscamos en momentos de zozobra o desorientación. Me imagino ahora en aquella pose, haciéndome el interesante, empezando a verme a mí mismo como un autor de éxito, luciendo mis tejanos rasgados, mis *keds* del mercadillo de los jueves y mi chaqueta imitación piel. Me imagino allí, en el portal de Federico, creyéndome atractivo, fingiendo ser un espíritu libre, con esa mezcla de tortura existencial, de rebeldía generacional y de soberbia del intelectual que se cree incomprendido por el populacho. En definitiva, me recuerdo allí, ante la mujer de la limpieza, creyéndome yo uno de esos místicos iluminados que parecen situarse más allá del bien y del mal, aunque seguramente lo que yo parecía era simplemente un gilipollas, cuando la señora, quizá esperando que me apartara y la dejara seguir con su trabajo, me preguntó:

—¿Le puedo ayudar en algo?

Evitando mirarla a los ojos le respondí que no, a menos que pudiera ilustrarme acerca de términos tales como *prefacio*, *prólogo* e *introducción* en el campo de la creación literaria. Creo que incluso lo dije con un sutil tono burlón, un tono que ojalá pudiera escribir ahora que fue involuntario. Me dispuse a alejarme de aquel portal sin añadir ni un simple adiós cuando, inesperadamente, la señora, sin perder la amabilidad, me respondió:

—Aunque el diccionario de la Real Academia Española concede a estas palabras la condición de sinónimos, el prólogo de una obra se diferencia del prefacio en que suele preceder a este y estar escrito por una tercera persona, una vez que el autor ya ha dado el texto por finalizado. El prefacio además...

Se pueden imaginar mi estupor. Ella continuó con las explicaciones, pero yo ya no pude retenerme mucho más, noqueado, con el rojo subiendo a mis mejillas y el sudor bajando a mis pies. Tras la cura de humildad, fui recuperando el habla e intenté expiar mi previo desdén dándole las gracias e interesándome sinceramente por su persona. Se llamaba Marta, era natural de Colombia, vivía en Lleida desde hacía más de quince años, estaba casada y tenía dos hijos «mayores ya, independientes». A pesar de este detalle, me pareció entonces más joven de lo que me había parecido en un principio. Me explicó que tenía estudios en Arte y Literatura iniciados en su país que no había podido finalizar aquí por diferentes motivos, entre ellos, «los precios de las matrículas, astronómicos e inasumibles para muchas personas, ya que en esta tierra han permitido que el neoliberalismo parasite hasta la misma universidad». Gran aficionada a la lectura, como buena colombiana era una apasionada de la obra de García Márquez (aunque había quemado su última novela, la inesperadamente asquerosa y decepcionante, según ella, *Memoria de mis putas tristes*), pero también de autores como Mendoza, Marsé, Pedrolo o Rodoreda. Me explicó que incluso había empezado a escribir una novela río, muy extensa, con muchos personajes y tramas, de la cual estaba muy orgullosa, pero que cuando contaba ya más de trescientas páginas de manuscrito, había cometido el grave error, según me dijo, de leer *Bartleby y compañía*, de Enrique Vila-Matas, tras lo cual una extraña incapacidad para seguir escribiendo que duraba ya seis años se había apoderado de ella. Hice nota mental de ese amenazante título y pensé: «suerte que ya tengo acabado y publicado el mío».

En fin, yo que ya empezaba a verme a mí mismo como la nueva voz de las letras hispánicas, la cabeza más visible y privilegiada de una nueva generación de escritores que marcarían una época, un autor considerado en breve de culto, el miembro destacado de una élite de artistas de vanguardia que volverían a sacudir las ramas del árbol de la alta literatura, el creador de un nuevo género tan nuevo que todavía carecía de nomenclatura (¿autoensayo patético-mágico?); había vuelto a hacer el ridículo como en mí era costumbre inmemorial. Yo que me ufanaba de leer a la vez a Bauman y a Bolaño,

que me jactaba de entender el significado de conceptos como «modernidad líquida» y que me consideraba integrante ilusorio del «realismo visceral»; acababa de ver, una vez más, mis fundamentos, prejuicios y estereotipos socavados.

Una vez me habían bajado los humos, me despedí de Marta deseándole un buen día. Entonces preguntó mi nombre.

—¿Cómo te llamas? Lo digo por si viera a Federico, para decirle que pasaste...

—Francisco —contesté sin vacilar por primera vez en mi vida.

—Oh, qué lindo nombre...

—Bueno, ejem, hasta otra ocasión, a-adiós... —dije con un hilo de voz.

—Adiós, Fran —se despidió, abreviando, cómo no.

Me alejé de allí pensando que quizás aquel encuentro, a pesar de todo, constituía una más de esas señales en la buena dirección, una de las señales que me dirigen a mi particular punto de inflexión vital. Ya iba siendo hora.

Cuando giré la esquina, caminando hacia casa con una mezcla de deslumbramiento, cansancio, derrota y estupefacción, me pareció distinguir, en el interior de un taxi que pasó velozmente junto a mí, a mi tío Federico.

© del texto: Francesc Baena Garcia, 2024  
© de esta edición: Milenio Publicaciones S. L., 2024  
Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida (España)  
www.edmilenio.com  
editorial@edmilenio.com  
Primera edición: marzo de 2024  
ISBN: 978-84-19884-59-6  
DL: L 28-2024  
Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, SL  
www.bobala.cat

*Printed in Spain*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <[www.cedro.org](http://www.cedro.org)>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.